

# La Democracia no funciona en América Latina

Vázquez B., Raúl A. Pillo

*Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, Distrito Federal, México*

*beria\_beria@hotmail.com;*

*(Recebido em 10 de agosto de 2014; aceito em 28 de setembro de 2014)*

---

Este texto está escrito en español y busca problematizar el concepto de democracia como régimen político en América Latina, y al mismo tiempo propone emplear otro concepto que sea más adecuado a nuestra realidad latinoamericana.

Palavras-chave: democracia, proceso democrático, Latinoamérica.

## **Democracy is not for Latin-America**

This work was written in Spanish. It tries to put in question the concept and the use of Democracy as a government in Latin-America, finally, it proposes to use other concept that makes possible to live and participate the Latin-American politics.

Keywords: Democracy, democratic process, Latin-America.

---

## **1. INTRODUCCIÓN**

A lo largo del siglo XX el concepto y la idea de democracia inundó el discurso político, público y social de América Latina. No es que era un término nuevo para las elites gobernantes, pero sí fue abordado desde varios ángulos por otros sectores y utilizado por los gobiernos para diversos propósitos dependiendo del contexto político.

Primero fue utilizado como instrumento de pugna de una emergente clase media contra la cooptación del poder por parte de una clase oligárquica gobernante a finales del siglo XIX, en ese momento se habló de democracia electoral.<sup>1</sup> Con el ascenso de los Estados nacionales populistas se pensó en la democratización de los medios de producción y se asoció el concepto con una mejor distribución de la renta nacional.<sup>2</sup> Después, el discurso macartista de los E.U.A. ligó democracia al desarrollo y a la lucha contra el comunismo en la región con el comienzo de la Guerra Fría. Las dictaduras militares de América Latina se apropiaron del término para justificar la detención del poder y sus medidas represivas de Seguridad Nacional. Con la entrada de gobiernos civiles se empezó a hablar de “transición democrática” y hoy en día se habla de valores democráticos asociados a la construcción de una mejor ciudadanía.

El significado clásico de democracia como gobierno de la mayoría o, en su defecto, del pueblo, es insostenible en este siglo XXI. Cada vez que hay elecciones la población se divide en dos grandes bandos o más sin que predomine una mayoría representada, dirigirse al pueblo ha dejado de ser un referente y ahora se habla de ciudadanos, aunque una considerable porción de la población latinoamericana se vea en dificultades para ejercer sus derechos. La democracia también se ha visto manchada por el discurso anti-terrorista de George Bush hijo, quien justifica invasiones e intervenciones en otros países a favor de la democracia. En cuanto a la democracia electoral, tampoco podríamos ser tan optimistas, si a finales del siglo XIX y principios del siglo XX todos o casi todos los procesos electorales fueron fraudulentos en América Latina, hoy en día se sigue recurriendo a medios de coerción del electorado, como sucedió en las elecciones de 2012 en México, a pesar de los avances significativos en toda la región con respecto a la extensión del voto.

Por estas y otras razones que vamos a presentar a continuación, consideramos que no es apropiado referirnos a la democracia como el régimen político más adecuado para América Latina. Por el contrario, preferimos hablar de un proceso democrático inalcanzable, un modelo

lineal al que difícilmente las sociedades latinoamericanas pueden acomodarse, y en vez de él proponemos conceptos como consenso y complementariedad, enfoques alternativos para dinamizar la participación política.

## 2. RESULTADOS DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

Dos de los factores que definen a América Latina como parte del Tercer mundo o de los países en vías de desarrollo, y que además perjudican directamente la percepción y el ejercicio de la democracia en la región, son la desigualdad social y la mala distribución de la riqueza. Tomemos el ejemplo del Brasil, uno de los países con mayor desigualdad social en América Latina.

La “transición democrática” no ha logrado cambios tangentes porque a pesar de llegar a la presidencia Luiz Inácio *Lula* da Silva y Dilma Rousseff, dos candidatos del Partido dos Trabalhadores (PT) y de una coalición de la izquierda, las demandas y las protestas de amplios sectores se han expresado con mayor virulencia desde junio de 2013 en contra de la manera como se hace la política y se privilegia al poder económico. No podemos negar los cambios y los avances en la sociedad y la política brasileña a partir de la “transición democrática” de los 80, especialmente en estos dos últimos gobiernos, pero programas sociales no han surtido mayores efectos en las condiciones de vida con respecto a las del régimen militar.

Autores como Evelina Dagnino continúan pensando el concepto y el valor de la democracia en términos del desarrollo (concepción divulgada por los E.U.A. y la ONU como panacea a los problemas socio-políticos del Tercer mundo). Esta académica considera que hay avances en el proceso democrático y que Brasil es el país con mayores logros en esta área de toda la región, más bajo el gobierno de *Lula*.<sup>3</sup>

No podemos negar los beneficios que el proyecto de la democracia participativa del PT ha diseminado en los sectores de escasos recursos de la población brasileña. El programa *bolsa familia*, que destina un porcentaje del 0.4% del PIB para otorgar efectivo a las familias de escasos recursos, es de gran relevancia. El presupuesto participativo, programa en donde las decisiones presupuestales son hechas y tomadas por los consejos de las comunidades, significaría otro avance en el ejercicio de la democracia y la distribución de la riqueza.

Sin embargo, la crítica a este programa de la democracia participativa es que sirve como medio de cooptación de votos para el PT, no podemos negar su influencia en la re-elección de *Lula* de 2006 y la elección de Dilma de 2010. Tomando en cuenta la tradición electoral en América Latina, la cooptación de votos no sería tan grave, lo grave es la reducida y conformista capacidad de la izquierda brasileña para atacar mayor cantidad de problemas capitales. Subsisten los índices de desnutrición a pesar del programa *fome zero* (cero hambre), así como los bajos niveles de educación. La facilidad de créditos y la mayor distribución del dinero entre los trabajadores los han convertido en simples consumistas, en clientes insatisfechos y lo peor, la inflación en Brasil sigue siendo alta.<sup>4</sup>

Esto conduce a ciertos sectores de la opinión pública latinoamericana a dudar de la validez del proceso político de la “transición democrática” y de los gobiernos de izquierda, sobre todo en Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Se dice, por ejemplo, que «Dilma y *Lula*, como antes Fernando Henrique Cardoso, habían prometido una reforma política que no pasó de los históricos acuerdos inter-partidarios para garantizar la gobernabilidad». Una estudiante brasileña que participó en las protestas contra la Copa Confederaciones 2013 añadió que «la reforma no se hace desde que Brasil recuperó la democracia y las componendas entre los partidos siguen mientras la gente padece necesidades».<sup>5</sup>

Consideramos que la democracia no funciona en América Latina o no es compatible con la sociedad latinoamericana. Los análisis del informe que hizo el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en la región en 2004, arrojaron las deducciones lógicas que buscamos mostrar: la desconfianza hacia la democracia del 57% de los entrevistados está condicionada por la deficiente educación, el nivel social y los escasos recursos con los que viven. Las clases bajas, que tienen nulas o pocas posibilidades de mejorar sus condiciones de

vida, son las menos convencidas y distanciadas de las instituciones democráticas. De ahí el corolario que sorprendió a muchos: «Gran parte de los latinoamericanos valora el desarrollo por encima de la democracia y le quitaría su apoyo a un gobierno democrático si fuera incapaz de resolver sus problemas económicos».<sup>6</sup>

La académica Maria Celina de Araujo se quejaba cuando decía que ser de izquierda en Brasil, como en muchos otros países latinoamericanos, es una manera de pertenecer a un círculo *in o ad hoc* político entre intelectuales y miembros de la clase media, en lugar de ser una cuestión de convicción. Porque los votos para el PT provenientes de sectores de escasos recursos estaban condicionados de cierto modo a las prebendas que el gobierno de Lula otorgó. Es decir, todavía falta por satisfacer necesidades fundamentales del ancho de la población antes de pensar en la democracia como panacea o como último modelo político al que hay que llegar.

Lo que ocurre es que la democratización se ha vuelto un lugar común y todos tienen que mencionar, apelar o dirigirse a la democracia, en los discursos públicos hay que decir que la debemos alcanzar y luchar (pacíficamente) por ella. Si como político no eres democrático estás *out*.

### 3. DISCUSIÓN DEL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN

Como realmente es difícil llevar a cabo una práctica democrática total en todo el mundo, se evade la cuestión aludiendo a ella como un proceso, como un camino inacabado. El problema es que siempre se harán esfuerzos para llegar a este objetivo último pero nunca se alcanza el tipo ideal. Hablar de un proceso de democratización no era el objetivo a perseguir por las revoluciones y las reformas que transformaron el orden del Antiguo Régimen de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Como dijo Tania Rodríguez, el debate del proceso de democratización sólo surgió en América Latina como consecuencia del desmoronamiento de las dictaduras militares en los años 80, un proceso que estaría marcado por tres etapas lineales: liberalización de la política, transición y consolidación de la democracia.<sup>7</sup>

Desde los tiempos de la independencia de Hispanoamérica, Simón Bolívar se quejaba porque «los americanos estaban poco preparados para la libertad [...], la inexperiencia política nos hacía difícil organizar la independencia o beneficiarnos de las instituciones liberales y concluía que “los acontecimientos nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas para nuestro carácter, costumbres y luces”».<sup>8</sup>

En cambio, si hoy en día salen a la luz expresiones anti-democráticas, mercados informales, problemas con el narcotráfico o un orden social fuera de la ley en algún país de Europa, se les considera un «escándalo, como si fuese algo nunca visto, casi impensable», pero si suceden en América Latina entonces «resulta ser un indicador del atraso, de lo que nunca cambia».<sup>9</sup>

Lo que sucede es que el discurso del pensamiento único, el mismo del consenso de Washington y del neoliberalismo, se apropió del término democracia. La caída del muro de Berlín y el desprestigio del bloque socialista condujeron a la izquierda latinoamericana a la moderación, a la vía institucionalizada, a la adopción del discurso secular a favor del “proceso de democratización” y a recurrir a los pactos inter-partidarios para conseguir la gobernabilidad del Estado. Como ha indicado Adrián Sotelo, es a partir de los años ochenta que el término democracia empezó a sustituir al de socialismo en el discurso estatal.<sup>10</sup>

Finalmente, en estos primeros años del siglo XXI ha prevalecido, por encima de otras formas de pensar y de validar esta corriente, la democracia liberal, que consiste en recurrir a las elecciones cuando se necesitan tomar decisiones, y eso tampoco funciona: «Desde 1986 [las votaciones] no son [expresión] de una ampliación de los derechos ciudadanos [...] sino que se transmuta en impotencia cotidiana [...], en la que el votante carece de facultades políticas para gestionar o variar la decisión tomada».<sup>11</sup>

Porque para enfrentar al sistema, al neoliberalismo o al pensamiento único «los instrumentos que tenemos son hegemónicos, son las semánticas legítimas de la convivencia política y social: la legalidad, la democracia, los derechos humanos [...] que por definición no

van a resolver nuestras aspiraciones [...] que son [construir] una sociedad más justa y reinventar la emancipación social».<sup>12</sup>

Esto sucedió con los presidentes Lula de Brasil y Nelson Mandela de Sudáfrica. Siempre es bien recibido y valorado que personajes de sectores no privilegiados políticamente, como trabajadores sindicalizados o activistas político-sociales, alcancen la presidencia en países con tanta desigualdad social, como son Brasil y Sudáfrica, y ello habla bien del avance de las prácticas democráticas en esos países. Pero tantos años de lucha se ven apagados y criticados cuando estas figuras públicas abren mano o moderan sus discursos cuando ocupan un lugar en el sistema, en vez de cambiar, revolucionar o destruir el estado de cosas que nos hace desiguales.

Por ejemplo, «aunque mantuvo el discurso “lucha contra el hambre”, el gobierno de Lula optó por políticas sociales focalizadas, asistenciales y no de afirmación general de los derechos sociales, que fueron insuficientes para cambiar la fisonomía del Brasil, un país con índices muy altos de miseria».<sup>13</sup> Al ingresar al gobierno, el PT dejó de ser el partido de oposición desde la izquierda, convirtiéndose en el partido del orden, paralizando los movimientos sociales que hasta entonces habían adquirido relevancia. Dice Francisco de Oliveira que la deuda controló su administración, por lo que Lula actuó bajo un sistema que tiene bien implantado al capitalismo, de manera que no tenía libertad de acción.<sup>14</sup>

En cambio, en el caso del país africano, «después de casi tres décadas en prisión y una vez en libertad, Mandela abandonó las bases marxistas de su ideología [lo cual no tiene nada de malo], pero la crítica que generalmente se le ha hecho a Mandela, desde que dejó la presidencia en 1999, es que no pudo acabar con la desigualdad».<sup>15</sup>

Muchos de los actores del proceso de democratización en América Latina han optado por esta vía, más moderada y que no obedece a los principios básicos del marxismo o del socialismo clásico, y eso es bueno, pues como dice Rafael Correa, presidente del Ecuador, la transformación de la sociedad y del Estado tienen que ser de manera pacífica, ya no revolucionaria.<sup>16</sup> De modo que con los medios de democratización no podremos revolucionar el estado de cosas, sólo reformarlo. Entonces suena arcaica la justificación del uso de la violencia que hacía Franz Fanon en su libro *Los condenados de la tierra*, donde argumenta que al haber empleado la violencia los colonizadores en sus diversas formas para someter a los colonizados, se justifica el uso de ella por los colonizados para descolonizar sus países y sus conciencias.

Si apelamos que la dificultad para ejercer la democracia en América Latina es el resultado de una causa estructural, entonces estamos siendo fatalistas y deterministas. Pensar que las fallas en el proceso democrático latinoamericano es un problema de estructura significa pensar Nuestra América desde la óptica de algunos autores anglófonos. Ellos consideran que no somos aptos para la democracia porque no podemos desprendernos de las instituciones feudales que heredamos de España y Portugal.<sup>17</sup>

De manera que las sociedades latinoamericanas están condenadas a nunca alcanzar el tipo ideal de esa democracia occidental de los países anglófonos, simplemente nos aproximaremos, de ahí las dificultades que enfrentan los gobiernos llamados democráticos para mantenerse en el poder o para convencer a la opinión pública de estar haciendo “las cosas bien”.

#### 4. CONCLUSIÓN

Todos los ponentes que presentaron sus opiniones en el Seminario Internacional ¿A dónde va América Latina?, a excepción de Evelina Dagnino, tienen una visión negativa del avance de las políticas neoliberales en detrimento de lo que podríamos llamar el proceso democrático en toda la región. Cada uno y de manera particular, criticó el contexto neoliberal que afecta, afectó o comienza a afectar las diversas subregiones, Xavier Albó habló de la América Andina, advirtiendo que los recursos de hidrocarburos de la región amazónica del Perú ya están vendidos o explotados a través de concesiones.

El argentino Néstor Kohan se refirió a una arremetida del capitalismo bajo una versión más actualizada: el neoliberalismo. Lino Morán, al tratar sobre Venezuela, expresó las dificultades por las que ha pasado el país a raíz de la muerte de Hugo Chávez ante el embate de

las presiones neoliberales exteriores, pero aclaró que la televisora Telesur es una ventana alternativa frente a los medios de comunicación que manipulan y monopolizan la interpretación de los hechos. Por su parte, Hugo Beteta indicó que las causas de la desigualdad en Centroamérica están determinadas por la historia y la estructura económica de esos países, en los que se recurre a la informalidad y a la migración a los E. U. A. para trabajar como mano de obra barata, y reconoció que el modelo neoliberal es ineficiente.<sup>18</sup>

La cuestión también radica en convencer a los demás ciudadanos, concientizar a otras personas es una gran labor: «hablo de la necesidad de tomar decisiones que puedan ser ejecutadas e impuestas sobre el resto del sector opositor de la sociedad [...] entonces el reto es cómo seducir y atraer a las clases medias que no están organizadas, que no están movilizadas, cómo atraer al resto de la sociedad al proyecto de nueva sociedad», por eso el pensamiento crítico, discontinuo o revolucionario puede parecer dogmático.<sup>19</sup>

Lo que sucede en nuestras sociedades es que cuesta mucho trabajo pensar en términos de colectivismo, de cooperación y de complementariedad, en lugar de hablar de prácticas de democratización. Así pudo haberlo expresado Francesca Gargallo cuando, de manera un tanto anárquica, expuso la experiencia del municipio de Cherán en Michoacán, México: a raíz de la ausencia de poder del Estado, como monopolizador de la violencia, y de la inseguridad en la localidad, el control y la autoridad dejaron de ser considerados funciones institucionales o del gobierno y se convirtieron en una cuestión comunitaria y colectiva.<sup>20</sup> La crítica que se hace a estas formas de re-organización comunitaria proviene del miedo a que se formen autodefensas, denominadas grupos paramilitares por los medios monopolizadores de comunicación, o el miedo de convertirlas en carne de cañón en la guerra contra el narcotráfico.

El camino a seguir, por aquello de que el “giro decolonial” está en boga, es el de dejar de pensar la democracia en términos del pensamiento occidental o europeo-norteamericano. Cambiar nuestra mentalidad sobre la democracia por la del consenso, que tiene orígenes en las comunidades americanas originarias. El consenso como práctica participativa consiste, no en recurrir a la decisión de una mayoría por encima de una minoría (o de otra mayoría), sino en alcanzar un acuerdo entre todas las partes involucradas y afectadas, para convencer a las partes opuestas o disgustadas en asambleas comunitarias. La propuesta es integrar la acción del consenso en el bagaje jurídico y político participativo, las asambleas comunales y locales son el modelo inmediato para aplicar esta práctica, que después tendría que formar parte de las discusiones de leyes en congresos provinciales, hasta llegar a los nacionales.<sup>21</sup>

No sólo en el ámbito de la democracia sucede esta cuestión, también abarca ideas y conceptos que tienen que ver con la libertad, la identidad nacional y la justicia. A ellos se les tienen que anteponer otras concepciones como complementariedad, dignidad y equilibrio respectivamente, que sirvan y funcionen en nuestra complicada realidad latinoamericana, esfuerzos que se están poniendo a prueba en algunas instituciones y localidades del Estado plurinacional de Bolivia hoy en día. En el caso de complementariedad, y en oposición al concepto de libertad, se hace referencia a un siendo libres en complemento con todos, no de manera individual. Mario Illescas habla de un estar siendo, estar ocurriendo, tanto en el pasado, el presente y el futuro. Lo mismo sucede con el concepto de dignidad opuesto al de identidad, en donde la identificación de uno solo es posible dentro de la dignidad que nos damos frente a todos y con todos los demás, que da cabida a una posibilidad de no ser, de no actuar, de no merecer esa dignidad. Son concepciones que parten de la comunidad y no de la individualidad, extraídas del conocimiento, la tradición y la sabiduría rescatados de las culturas originarias andinas, quechua y aymara. De ahí que el equilibrio sea definido como la armonía de varios intereses opuestos y varios convergentes, que permitan ejercer una justicia equilibrada, ya no ciega, sino pública, compartida y equilibrada, valga la redundancia, en una clara alusión al ejercicio de la ley de manera clasista, elitista y secreta, es decir, sólo es apta, comprensible y accesible para los especialistas.<sup>22</sup>

Mario Illescas aclara que estas re-definiciones de viejos conceptos son difíciles de asir, pues han sido retomados desde otra tradición, la andina originaria y ancestral, que no posee categorías filosóficas equivalentes y, además, se expresa en otro sentido. Por ejemplo, cuando trata sobre el tema del derecho, se expresa así:

Fuimos una cultura del “deber” antes que del derecho, pues primero y sobre todo se exigía al individuo la ejecución de su “deber” de existir, para darse a sí mismo por tal “deber” desenvuelto la opción por y para sí del “derecho” a lo suyo; y, no por causa de un derecho para sí y en sí y por los demás: para él. Podríamos decir, dentro de la comparación indebida que el propio individuo se atribuía su deber y su derecho en consenso, equilibrio, complementariedad, auto-complementación e identidad sin afectar el equilibrio con su entorno inmediato y mediato.<sup>23</sup>

La propuesta aquí es la de hallar parámetros que puedan contrarrestar el concepto de democracia tomado desde el pensamiento único y la impuesta cultura occidental, evitando la opción revolucionaria violenta, para confrontarlos con estos conceptos más abiertos a la participación inmediata (el estar siendo), más comunitarios y de índole filosófica, más cercanos a nuestra complicada realidad latinoamericana. Si partimos del supuesto de ser contradictoria nuestra realidad, es porque no comporta cabalmente los parámetros ideales de Occidente y al mismo tiempo niega la sustancial diferencia que proviene de nuestra americanidad, la misma que nos impide el comportamiento de esos ideales occidentales.

- 
1. Bethell L (ed.). Historia de América Latina. 10. América del Sur, 1870-1930. Beltrán y Escudero, traductor. Barcelona: Editorial Crítica, 1992.
  2. Sotelo Valencia A. América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI. México: UNAM, FCPyS, Universidad Obrera de México, 2005.
  3. Dagnino E. ¿A dónde va Brasil? Conferencia del Seminario Internacional ¿A dónde va América Latina?; 22 de agosto de 2013; Unidad de Posgrado, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.
  4. Interpretación de Maria Celina de Araujo. Brasil: los efectos perversos de las políticas para combatir la pobreza. Conferencia del Encuentro Académico México-Brasil; 21 de mayo de 2013; Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.
  5. Vales J. Protestas en Brasil. *El Universal* (Ciudad de México), 2013 junio 22; A: 18.
  6. Caputo D (dir.) y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. 2ª ed. Buenos Aires: Aguilar, Alfaguara, Taurus, 2004, p. 29 y 147. Habría que considerar qué se quiso decir con desarrollo y cómo lo entendieron los entrevistados.
  7. Rodríguez Mora T. Alcances y problemas de la democracia en América Latina. Conferencia del Diplomado en Historia, pensamiento y problemáticas contemporáneas de América Latina; 6 de noviembre de 2013; Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), Campus San Lorenzo, México.
  8. Lynch J. Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826. 4ª ed. Alfaya y McShane, traductores. Barcelona: Ariel, 1985, p. 235.
  9. Como dice Fernando Escalante Gonzalbo en el prólogo que hace a Migdal, Joel. Estados débiles, Estados fuertes. Tr. Llanas y Schussheim. México: FCE, 2011.
  10. Sotelo, América Latina: de crisis y paradigmas, p. 17-19.
  11. García Linera A. Ciudadanía y democracia. Buenos Aires: CLACSO, Prometeo, 2008, Stefanoni P (comp.). La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia; p. 187-8.
  12. Santos BS. Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires). Buenos Aires: CLACSO, 2006. Para una democracia de alta intensidad, p. 72.
  13. Sader E (coord.). Latinoamericana. Enciclopédia Contemporânea da América Latina e do Caribe. Rio de Janeiro: Boitempo, 2006. p. 730-1.
  14. Oliveira F. O momento Lênin [Internet]. São Paulo: Revista *Novos Estudos*, n. 75, Julio 2006, disponible en <http://www.scielo.br/pdf/nec/n75/a03n75.pdf>
  15. Último adiós a Mandela. *La Jornada* (Ciudad de México), 2013 diciembre 6, Sec. 1, p. 2-3.
  16. Correa R. Ecuador y América Latina, el Socialismo del siglo XXI. Quito: CT-EEQ, ENLACE, 2007. p. 30-31.
  17. Ebel R. Patterns of Continuity in Latin America society: Political and Historical perspectives. 4<sup>th</sup> ed. Westport, Connecticut: Praeger, 2003. WIARDA, Howard (ed.), Politics and Social Change in Latin America: still a distinct tradition?, p. 25.

- 
18. Gonzalez Casanova P, Albó X, Kohan N, Morán L, Dagnino E, Beteta H. Seminario Internacional ¿A dónde va América Latina?; 21-23 agosto 2013; Unidad de Posgrado, UNAM, México.
  19. García Linera. Cómo desmontar los cuatro pilares del Neoliberalismo y con qué sustituirlos. Quito: CT-EEQ, ENLACE, 2007, Correa R. Ecuador y América Latina, el Socialismo del siglo XXI, p. 74-75.
  20. Gargallo F. Los pueblos indígenas y la cuestión étnica. Conferencia del Diplomado de América Latina; 23 de octubre de 2013; UACM, México.
  21. Illescas Pompilia JM, González García JT. Sobre algunas nociones fundamentales acerca del sentimiento y del pensamiento en el mundo originario de Abya-Yala. La Paz, Bolivia: Ediciones Tukuy Riqch'Arina, 1992, p. 96 y 104.
  22. Illescas, González. Sobre algunas nociones fundamentales acerca del sentimiento y del pensamiento en el mundo originario de Abya-Yala, p. 82-92 y 102-112.
  23. *Idem.*, p. 103.